

los sujetos. La única manera de minar el dominio de las leyes del otro y reivindicar la legalidad propia es negar los fundamentos de esas leyes. La legalidad del poder proviene del mandato del pueblo o de un mandato moral que revierte en reclamo o apelación al derecho natural. Este no deriva de la voluntad de la mayoría, sino de una instancia superior. Sin necesidad de acudir a la ratificación de la comunidad, Sarmiento demostrará en la biografía que tiene a su favor el derecho y las leyes naturales, es decir, la razón.

Desde su lugar marginal, acusará a los adversarios de apartarse de estas leyes escritas en la naturaleza. La infracción a un orden determinado se iguala con el delito de subversión social; conlleva un ataque a la sociedad entera. Los textos manifiestan la ilegalidad del sistema del otro transformando a los *enemigos políticos* en *delincuentes* al tiempo que recalcan la legalidad de una postura enunciativa que se basa en principios inmutables.

Sarmiento cumplió al pie de la letra la orden del gobierno nacional que le pedía quitar el carácter de guerra civil al accionar de las montoneras². En la realidad, la tarea la culminó con la ejecución brutal de Peñaloza degradado de su rango y ajusticiado como un bandido. En la literatura, amplió esa imagen al convertir la historia de ciertas formas socio-políticas en la historia de un sistema delictivo.

La biografía aplica una lógica sintética que descubre en el sujeto una cantidad de categorías (políticas, sociales, económicas, jurídicas, psicológicas, históricas y morales). Su eficacia consiste en puntualizar que de ellas, la única redimible es el rasgo caracterológico de la violencia.

La barbarie es un cuerpo guerrero y un lenguaje confuso. Pero si algunos cuerpos pueden ser neutralizados y, por consiguiente, incorporados al campo propio, otros deben ser eliminados y el lenguaje del otro, sin excepción, rectificado y aniquilado.

Si nos detenemos en lo mínimo, en lo que está aludido, elidido o dicho al pasar daremos cuenta de una constante en la producción sarmientina: el espacio textual está en relación inversa a la importancia otorgada a un elemento específico. En la biografía las reflexiones acerca del lenguaje del oponente son relativamente breves.

La brevedad está acompañada por la descalificación. Creo que la impugnación del lenguaje enemigo proviene del hecho de que ese lenguaje retorna y duplica los universales expresados por la lengua propia. Porque ambos discursos resultan paralelos e idénticos, es posible leer en las acusaciones mutuas una lucha por el dominio de los universales.

La autonomía política y la unidad lingüística tienden a nivelar los poderes en pugna. Por eso, contra la autonomía y la unidad que amenazan con instaurar la igualdad de los términos antagónicos, la biografía de la barbarie levantará la subordinación, la división y las diferencias.

² Mitre fraguó la política a seguir contra Peñaloza. En sus instrucciones a Sarmiento —abril de 1863— dice «[...] declarando ladrones a los montoneros sin hacerles el honor de considerarlos como partidarios políticos ni elevar sus depredaciones al rango de reacción, lo que hay que hacer es muy sencillo [...]». Transcrito por F. Chávez, Vida del Chacho, *Theoria*, «Tierra en armas», Buenos Aires, 1967, pp. 72-73.

«¡Sombra terrible de Facundo, voy a evocarte, para que sacudiendo el ensangrentado polvo que cubre tus cenizas, te levantes a explicarnos la vida secreta y las convulsiones internas que desgarran las entrañas de un noble pueblo!»³. El objetivo primario de desentrañar la historia nacional se alarga en otras historias. Los tres textos confeccionan un sistema correctivo que usa como soportes a las instituciones y a la lengua para rectificar el cuerpo y la lengua del otro. Los tres reconstruyen una historia de transgresiones; la investigación permite revelar el origen de las desviaciones y enderezarlas.

Creo que todas estas pequeñas historias son, finalmente, variantes de una historia mayor que recorre la producción de Sarmiento. Me refiero a la historia de un orden cuya función es situar y sitiar al adversario.

Subordinación de las instituciones

El acto de transgresión precipita al sujeto en la carrera criminal. Facundo deserta del regimiento de Arribeños; Aldao se separa del Ejército de los Andes; el Chacho se alza contra el gobierno nacional. Aunque Sarmiento se muestra siempre preocupado por establecer las causas, las esquivo en esta ocasión. Si para Aldao la causa es exterior —el ejército se disuelve dejando «huérfano» al personaje— y Facundo se desgaja movido por su idiosincrasia rebelde, la desobediencia del Chacho queda sin justificación: «[...] por motivos y con objetos que él mismo no sabría explicarse, se lanzó sobre Tucumán [...]»⁴.

Sarmiento reflota en la biografía el viejo conflicto político de la *autonomía* y de la *dependencia*; se revela partidario de un unitarismo a ultranza; el caudillo debe subordinarse o desaparecer. Inversamente a su contemporáneo Alberdi que preconiza el cambio de las costumbres como paso previo y necesario al cambio institucional, Sarmiento enfatiza la efectividad de una autoridad coercitiva que imponga la ley desde arriba y desde afuera.

¿Cuál es la opción discursiva para resolver el problema político? Primero, poner en el enemigo todo lo que se considera irracional. Luego, explicar las vías de canalización de las energías del otro para que resulten aprovechables. La biografía maneja un concepto de uso de la fuerza útil del adversario: postula que lo irracional no es bueno o malo en sí mismo; existe, más bien como dato empírico. Pero —he aquí el tercer paso— la descalificación moral surge no bien hay una elección política. El juicio moral negativo deriva directamente de esta opción. El momento de desertión respecto del sistema propio parte en dos a la vida y al relato.

La noción de uso rige también en la postura del enunciador en la medida en que utiliza argumentos éticos para discutir problemas políticos. A la imagen del narrador-rastreador se agrega la del narrador-juez. Pero un juez sumamente parcial puesto que el mismo acto arrastra el elogio para unos y la denostación para otros. No es cuestión de objetividad sino de posición subjetiva: matar *dentro* o *fuera* de las instituciones.

³ D.F. Sarmiento, Facundo o civilización y barbarie, *Sopena, Buenos Aires, 1960, p. 5.*

⁴ D.F. Sarmiento, El Chacho. Último caudillo de la montonera de Los Llanos, O. C., t. VII, *Edit. Luz del Día, Buenos Aires, 1949, p. 308.*

Las instituciones fiscalizan las fuerzas individuales. El gaucho es educado dentro de los límites institucionales; dentro de ese marco es posible una línea evolutiva. Dicho de otro modo, la única vía de progreso para el sujeto gaucho reside en el acatamiento.

La educación de los niños y la educación de los gauchos se sustentan en el mismo principio de *obediencia ciega*. Su instrumentación permite anular las fuerzas improductivas y aprovechar las fuerzas útiles.

La utilidad nace del acuerdo con las normas institucionales. Por eso la biografía sigue paso a paso los usos que hacen los caudillos de esas fuerzas. Lejos de homogeneizar, dictamina en cada momento qué es útil o inútil. La utilidad política de los atributos del otro los moraliza mientras que reserva un carácter negativo para las mismas propiedades que caen fuera de la jurisdicción institucional.

El narrador que recorre las huellas —el cuerpo del delito— ve en ellas el plan del contrario. Controla no sólo sus movimientos; estudia también sus intenciones ocultas y la posible o imposible evolución del sujeto biográfico.

El sujeto gaucho adquiere legalidad olvidando su identidad, adoptando una cultura prestada. Para obtener la ley es necesario dejar de pertenecer a un mundo, salirse de un orden para penetrar en otro. Las instituciones juegan el papel de mediadoras. La constitución de la identidad respecto de una instancia exterior reaparece en *Recuerdos de provincia* pero con sentido contrario: la afirmación de la identidad se consolida en la lucha contra ciertas estructuras despersonalizantes (iglesia, gobierno).

La biografía despliega las condiciones de ingreso en el mundo ajeno; presupone la *subordinación* total a las leyes que dominan en este mundo. El principio de subordinación constriñe a cada componente del mundo textual: lengua, cuerpos, instituciones.

Sarmiento otorga a los caudillos algunas virtudes y un sinfín de bajezas; pero los rasgos positivos —coraje, don de mando, liderazgo natural— se oscurecen en el instante de la transgresión. Este exceso anómalo que interrumpe y perturba el orden de las cosas puede ser encauzado por dos instituciones: *ejército y familia*. Una institución pública y otra privada para vigilar la vida entera del caudillo: «Facundo, moralizado por la disciplina y ennoblecido por la sublimidad del objeto de lucha, habría vuelto un día del Perú, Chile o Bolivia, uno de los generales de la República Argentina, como tantos otros valientes gauchos que principiaron su carrera desde el humilde puesto de soldado»⁵.

El ejército para Facundo; el ejército y la familia para dominar a Aldao. Ambos contienen en su sistema disciplinario la posibilidad de que el «gaucho valiente» sofoque al caudillo. El instrumento de readaptación serán las tácticas disciplinarias ejercidas sobre el cuerpo. Pero Sarmiento irá más lejos: si compete a determinadas instituciones ceñir las fronteras de las acciones, otras se ocuparán de lo verbal; la lengua propia institucionalizada precisará el lugar secundario del lenguaje enemigo.

El interés que muestran los regímenes políticos por la familia —aún cuando postulen modelos distintos— revela el rol que se le da como dispositivo neutralizador de gérmenes de rebelión.

⁵ Facundo, p. 79.